

Sueño y Realidad

Era una linda muchachita, morena, guapa y hermosa en sumo grado, yo la quería sí pero callando pues no me atrevía a ponérselo de manifiesto, por temor a fracasar, y por lo tanto a desistir para siempre de recibir una alegría—aunque ésta fuese muy tardía—.

Pero como ocurre que no siempre se hace lo que se quiere, sino lo que dicta el corazón, heme aquí un día lleno de valor y dispuesto a decirle todo aquello que mi corazón sentía: la vi, y un ligero temblor corrió por todo mi cuerpo, pero me sobrepuse al miedo, y con paso inseguro me dirigí hacia ella, un instante después me encontraba a su lado, pero no sé lo que me pasó, parecía que las palabras se negaban a salir de mi garganta, y entonces haciendo un esfuerzo supremo le dije: perdón señorita yo... pues venía... venía a decirle unas palabras, y ella respondió algo confusa, usted dirá caballero, y yo continué con cierto azaramiento; pues verá, desde hace mucho tiempo estoy en busca de una persona a la que quiero con toda mi alma, pero mi timidez, ha sido la que ha impedido que yo haya estado tanto tiempo sin comunicárselo, y por este motivo quisiera que esta persona que es usted me diera alguna esperanza, y entonces ella me contestó: señor, siento decirle que yo no soy partidaria del amor y por lo tanto no he querido nunca ni sé lo que es querer, aunque espero que pronto se olvidará de este momento, y buscará hasta encontrar otra que sea más guapa y que lo quiera, y diciendo ésto siguió su camino como si nada hubiese ocurrido mientras yo me quedaba boquiabierto, contemplando

su esbelta figura perderse entre las calles.

Mas no desesperé, y al poco tiempo tuve la alegría de verla con otras amigas, entonces mis compañeros y yo nos acercamos a ellas, y al poco rato tuvimos una conversación bastante animada. Estuvimos hablando de diferentes cosas, y en un momento en que nos quedamos callados lo aproveché para hablarle de lo que yo ansiaba, volví a repetirle lo mismo, y ella no me contestó y cambió la conversación a otra cosa y al separarnos le dije: ¿me dará la contestación mañana? dudó un momento y me contestó que sí.

Mi alegría no tuvo límites aquella noche, no dormí y si en algún momento conciliaba el sueño, cuando me despertaba

JUAN POVEDA (SUCESOR)

SASTRERIA

Pi y Margall VALDEPEÑAS

mis ojos se dirigían hacia la ventana esperando la llegada del nuevo día, este día en el que quizás me hiciese el más feliz de los mortales.

Llegó el nuevo día y con él, el momento tan esperado por mí, me dirigí al lugar de la cita y estuve esperando un rato, apenas había salido del umbral de la puerta cuando ya me encontraba a su lado, nos saludamos, y comenzamos a hablar, mas yo que no podía resistir más le pregunté: ¿va usted a contestarme? y ella me dijo: si le contestaré, y empezó ya sabe usted que nunca he querido a nadie y estoy segura que en cuanto le haya dicho algo o todo al poco tiempo se cansará de mí

y yo por ser la primera vez no quisiera llevarme un desengaño.

Entonces le dije que yo jamás me cansaría, ni tampoco la dejaría de querer como ella se merecía. A esta respuesta sucedió un mutismo de pequeño intervalo, pues me respondió que no podía contestarme de momento y que aguarde hasta el próximo día, y se despidió prometiendo volver a la misma hora.

Otro día de desesperación como el anterior, pero un poco diferente, pues mi alegría se había convertido en temor, si, este temor que invade todo mi ser desde el día que la conocí, otra noche interminable, pues su figura no se marchaba ni un instante de mi imaginación, y con este pensamiento me sorprendió el amanecer.

Otro rato de espera, paseando debajo de sus balcones, y acompañado de un nerviosismo impertinente que hacía estos momentos insoportables.

Sonó el chirrido de una puerta que se abría, después ruido de pasos casi apagados al rozar sobre la suave alfombra y momentos después aparecía en el umbral de la puerta la graciosa figura de la mujer amada.

Buenos días me dijo, la contesté, y esta vez sin yo insinuarle me dijo: Después de haber reflexionado acerca de la respuesta que tenía que darle, he de decirle que yo también le quiero pero... no, no puedo creer que yo sea correspondida, y temo me ocasione ésto un desengaño que me obligue a no volver a creer en el amor, y yo para ésto no quisiera dejar de ser tan feliz como he sido y lo soy.

Yo le prometí que un día llegaría a darme las gracias, por haber tenido el acierto de haberla hecho saber lo que es el amor, y lo que significa que una persona quiera a otra, y que sea correspondido del mismo modo.

Rafael Salido